

**¿HARTOS DE BOLÍVAR?
La rebelión de los historiadores contra el culto fundacional**

Tomás Straka (*)

a. Una rebelión política e historiográfica

Entre 2003 y 2007 pasó un hecho sin precedentes en la historia republicana de Venezuela. Mejor dicho: sin precedentes en la *historiografía* que los venezolanos hemos escrito, enseñado y aprendido desde que nos constituimos como república independiente, de forma definitiva, en 1830. Los cuatro historiadores vivos más importantes de la hora publicaron sendos ensayos para denunciar y sobre todo deslindarse de lo que, hasta entonces, mayoritariamente había entendido la sociedad venezolana como la más preciosa de las herencias del Libertador. Es decir, se deslindaron de ese almacigo de ideas, que desde hace siglo y medio se han mostrado susceptibles de las más variadas y hasta contrapuestas interpretaciones, a las que de forma general hemos llamado bolivarianismo; ideas, ahora más que nunca, cuando república hasta se apellida en su título oficial de “bolivariana”, proclamadas como las fuentes nutricias de nuestro ser como nación.

No se trata de poca cosa. Se trata de una “rebelión” intelectual que puede llegar traer importantes consecuencias, comoquiera que expresa cambios fundamentales en la sociedad venezolana. No tanto por el acto en sí de que cuatro historiadores, por famosos e influyentes que sean, se hayan *rebelado* ante lo que llegó a constituirse en el verdadero mito fundacional de los venezolanos: ya, como veremos, desde mediados del siglo pasado (escribimos en 2008), con la profesionalización y el disciplinamiento del oficio de historiador en escuelas

(*) Instituto de Investigaciones Históricas “Hermann González Oropeza, sj”. Universidad Católica Andrés Bello.

universitarias, así como por el clima de razonable libertad democrática que se vivió (y que se hizo patente en aspectos tan importantes como la autonomía de las universidades, la libertad de cátedra y una libertad de expresión que en términos generales fueron respetados), pudo desarrollarse una nueva historiografía, muy apartada de los cantos épicos y del culto a los héroes sobre los que se había fundado la nacionalidad entre 1840 y 1930, poco más o menos; sino porque la circunstancia política del momento, definida por la *Revolución Bolivariana*, que toma muchas de las imágenes y de sus argumentos de esa visión heroica que prácticamente había desaparecido de los círculos académicos, pero que evidentemente siguió teniendo mucha fuerza en las mayorías, incluso en las opositoras, ha hecho que la revisión crítica que hasta el momento ocupaba a un reducido grupo de investigadores y docentes, ahora sea atendida por un espectro social bastante más amplio. O lo que es lo mismo: por primera vez desde la década de 1840, un grupo significativo de venezolanos se ha preguntado, seriamente, sobre las bondades del culto al Libertador y su *Gesta Heroica*, así como sobre su conveniencia para la construcción de un modelo de vida colectivo.

Obviamente, con esto no negamos la posibilidad de que, al menos en muchos casos, se trate de cierto tipo de oposición al régimen de Hugo Chávez que sistemáticamente contradice todos sus planteamientos, cualesquiera que sean. Tampoco vamos a caer en el extremo de negar, sin siquiera un examen preliminar, la validez de todo lo que plantea el discurso épico-revolucionario (a partes iguales, con ingredientes de la vieja Historia Patria y de la resemantización hecha por los marxistas, para adecuarlo a los objetivos de su programa revolucionario) que propugna el *chavismo*. O en el de presentar a la democracia de 1958 a 1998 como un dechado de virtudes que harían del todo incomprensibles a la *revolución* chavista y al tremendo eco que consiguió en vastos sectores de la sociedad. Mucho menos vamos a eludir las acusaciones que desde la acera de enfrente se les hacen a los autores en cuestión -Germán Carrera Damas, Elías Pino Iturrieta, Manuel Caballero y Guillermo Morón- como simples portavoces de la oposición, militancia que, por demás, en modo alguno ocultan; como parte de una conspiración de derechas, a la que, los acusan, sirven con espíritu de mercenarios¹; o como dolidos representantes del

1. Un caso prototípico de esta línea argumental es el que sigue: "La derecha venezolana, y los intelectuales y publicistas que le sirven, ahora enemigos declarados de Bolívar, hablan de un nuevo culto al Libertador, que Chávez estaría estimulando y promoviendo en beneficio propio. No entienden

régimen caído, en el que desempeñaron cargos públicos, incluso de importancia, por mucho que las mismas sean, básicamente, acusaciones *ad hominem* y callen que también fueron muy críticos entonces, así como el hecho de que en los regímenes constitucionales y pluripartidistas el desempeño de un cargo público no implica, necesariamente (aunque, la verdad, muchas veces fue así en Venezuela), el compromiso sin cortapisas que suele exigírsele en las dictaduras y en los Estados totalitarios a sus funcionarios.

Nada de eso será escamoteado. Sin embargo, es el fenómeno sociocultural que se trasluce detrás de estos debates historiográficos y políticos (¿políticos-historiográficos, podríamos decir?), es el que nos interesa sondear, como expresión de un problema mayor. En efecto, pocas veces se ha puesto tan de manifiesto, en textos de tan amplia audiencia como los que se analizarán en las siguientes páginas, la importancia de la conciencia histórica en el rumbo que una colectividad le da a su destino; la estrecha relación entre la versión que de su devenir tenga en la misma y la escogencia de sus opciones políticas.

La aparición, en el muy agitado 2003, de *El divino Bolívar, ensayo sobre una religión republicana*, de Elías Pino Iturrieta, que rápidamente agotó dos tirajes y requirió de una segunda edición; junto a la quinta edición —¡la quinta edición!, cosa muy poco común en un estudio historiográfico— de *El culto a Bolívar, esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, trabajo precursor de Germán Carrera Damas, inicialmente publicado treinta y tres años atrás, siendo el primero en señalar el fenómeno y denunciarlo; a los que siguieron, en 2005, *El bolivarianismo-militarismo, una ideología de reemplazo*, también de Carrera Damas, y las muy polémicas memorias de Guillermo Morón, *Memorial de agravios*, donde llama a “desbolivarizar” el país; y un año después, en el 2006, *Por qué no soy bolivariano, una reflexión antipatriótica*, de Manuel Caballero, que en un mes requirió de una segunda edición; la

nada, o no quieren entender. Movidos por un rechazo apriorístico a menudo irracional, o por intereses distintos a los del país, parecen haber perdido por completo no sólo la perspectiva histórica sino la capacidad misma de entender el presente en que se mueven. Más allá de detalles menores, de árboles que impiden ver el bosque, lo que se desarrolla hoy en Venezuela bajo la dirección de Chávez en torno a Bolívar no es otra cosa que un intento serio y sostenido, el primero que se hace en el país, de rescatar a Bolívar para las luchas del pueblo, para animar y fortalecer un proceso de cambios revolucionarios continuos en los que sigue vivo el pensamiento y las luchas del gran Libertador venezolano...”, Vladimir Acosta, “El ‘Bolívar’ de Marx”, en *El Bolívar de Marx*, 2da. edición, Caracas, Editorial Alfadil, 2007, p. 88

aparición (y el éxito) de todos estos libros, en una sociedad (y en una historiografía) que tradicionalmente se han proclamado bolivarianos, significa algo importante. La hipótesis que esperamos delinear –pero que, por el momento en que escribimos, no podemos redondear del todo, porque aún, sospechamos, queda mucho por ver– es que se trata de un problema de envergadura: el de la redefinición de nuestro proyecto como país, el del modelo de democracia que en cuanto tal queremos y el del rol que la memoria del Libertador puede tener en la misma. Una memoria que si bien en 1842, en 1883 o en 1910 sirvió como una especie de tabla de salvación para darle cierta cohesión a una república que hacía aguas, y que ahora, cuando ya la nacionalidad y la república –o al menos determinada idea de ellas– están al margen de toda duda, algunos sectores, sobre todo los más vinculados con lo que representó el ensayo democrático, civil y en términos generales liberal que se vivió de 1958 a 1998, ven como una amenaza para la libertad.

A esta guisa, dividiremos el trabajo en dos partes. En la primera ensayaremos una visión del nudo historiográfico y político que permitió rebelarse contra el culto fundacional de la república. Las variables de la profesionalización universitaria del oficio de historiador y de la democratización de la sociedad, serán analizadas en ella. En la segunda nos detendremos brevemente en la obra de los “rebeldes”, como representantes de este proceso, y en sus tesis fundamentales sobre el bolivarianismo y sobre las razones por las que, alegan, puede ser un peligro para la libertad.

b. Los contornos de la “rebelión”: historiografía, modernidad y democracia

En efecto, hemos dicho que se trata de una “rebelión historiográfica”, cuando menos, contra lo que ellos mismos y algunos otros han definido en los trabajos que analizarán y en otros anteriores, como la “única filosofía política” creada por el Estado venezolano²; es decir, contra la base en la que ha buscado (y hallado) legitimidad para ese modelo de vida que esperamos construir desde la independencia y que solamente en la república, tal es nuestra

2. Véase: Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1984.

convicción, podemos alcanzar³; en fin: lo que el que más ha reflexionado sobre el punto del grupo que acá traemos a colación, Germán Carrera Damas, llamó el *proyecto nacional*⁴. Rebelarse, pues, contra esta *filosofía*, algo indica de la situación de ese Estado, de esa nación, de ese proyecto y de esos ciudadanos a casi dos siglos de existencia.

Pero hay más: esta rebelión es producto de una “revolución historiográfica” más amplia; la que se generó en nuestra visión de la historia producto de la profesionalización y modernización del oficio de historiador que se da a mediados del siglo XX, y que fue de la mano, retroalimentándose, con la democracia como nuevo sentido de la vida nacional. Véase bien: quienes se rebelan son historiadores y forman parte de una de las instituciones que por más largo tiempo y de manera más enérgica defendió y promovió al bolivarianismo, se batió en batalla contra todo aquello que pudiera mancillar el *sagrado* nombre del *semidiós*, como lo llamó la retórica guzmancista, el Libertador –recuérdese nomás la cruzada emprendida contra Salvador de Madariaga en 1951– y acunó a muchos de los más intensos representantes del bolivarianismo venezolano, como Rufino Blanco Bombona, Mons. Eugenio Nicolás Navarro, el Cardenal José Humberto Quintero, J.A. Cova, José Luis Salcedo Bastardo, ¡y hasta estuvo a punto de hacerlo con el General Eleazar López Contreras, al que eligió entre sus miembros, pero quien finalmente declinó el honor y no se incorporó a ella! ...la Academia Nacional de la Historia. O lo que es lo mismo: que estos “rebeldes” parecían llamados a ser oficiantes de una congregación que tuvo no poco que ver con el fomento de aquello de lo que, espantados por los más recientes y estruendosos resultados de la prédica, marcan distancia. ¿Se trata, entonces, de una simple disidencia, de un cisma en el que los teólogos y predicadores más notables, pero que se han hecho más moderados porque sus lecturas así los han vuelto, se marchan, indignados por los excesos del resto de la feligresía embebida en las manifestaciones exteriores del culto? ¿O se trata de algo más hondo?

3. Véase: Luis Castro Leiva, *Sed buenos ciudadanos*, Caracas, IUSI/Alfadil, 1999.

4. Véase: G. Carrera Damas, *Una nación llamada Venezuela*, 4ta. edición, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991; “La larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia: doscientos años de esfuerzo y un balance alentador”, en: *Búsqueda: nuevas rutas para la historia de Venezuela (ponencias y conferencias)*, Caracas, Contraloría General de la República, 2000, pp. 33-119; y *Venezuela, proyecto nacional y poder social*, 2da. edición, Mérida (Venezuela), ULA, 2006.

Se trata de algo más hondo. Como dijimos, tal es nuestra hipótesis. El bolivarianismo se va amasando a lo largo del siglo XIX como la herramienta de un Estado y de una elite urgidos de una fuerza capaz de cohesionar a un colectivo disperso; así como de un lenitivo susceptible de calmar las heridas que un balance más bien desalentador de lo que la república demostró ser cuando finalmente se consolida la Independencia, generó entre los venezolanos ya a mediados en la década de 1830. La llamada Historia Patria, cuya función fundamental fue justificar a la Emancipación y que tuvo en su fase romántica (circa 1840-1890, inclusive, si somos muy amplios, aunque sigue habiendo discursos esencialmente románticos hasta hoy) su momento de mayor despliegue, cumplió plenamente esta labor⁵. Bolívar es entonces, y lo siguió siendo por más de un siglo, una salvación. Un asidero para que una sociedad extremadamente insatisfecha con los resultados del proyecto en el que se embarcó, no se sintiera aventada a la desesperación. Como veremos en el próximo capítulo, frente al “discurso del desencanto” que rápidamente se expande entre las elites ante la distancia, que nos pocas veces parecieron insalvables, entre lo soñado y lo obtenido⁶, la gesta heroica, la Edad de Oro de los Padres de la Patria tuvo el poder de un antídoto milagroso: “seremos porque hemos sido”, la solución del “optimismo lírico” frente al “pesimismo sistemático”⁷. Por eso fue que la Historia Patria y su bolivarianismo pudieron convertirse en la “filosofía” del Estado venezolano.

El punto es que dio resultado. En esto, como en muchas otras cosas, el por demás justificado pesimismo a veces no nos deja ver lo que nos sale bien, que es más de lo que suele pensarse. Es, por ejemplo, un éxito que la nación haya sobrevivido razonablemente independiente y que la república se haya consolidado como ideal entre sus miembros. El problema está en que lo que sirve para una cosa no puede ser de automático usado para la otra, y el bolivarianismo que en 1860, en 1880 o incluso en 1910, era una salvación, para 1970, por poner la fecha en la que se edita por primera vez el demoledor *El*

5. Cfr. Carrera Damas, “Para una caracterización general de la historiografía venezolana actual” en *Historia de la historiografía venezolana (textos para su estudio)*, 2da. reimpresión de la segunda edición, Caracas, 1996, Tomo I, pp. 9-18; y *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, 5ta. edición, Caracas, Alfadil Ediciones, 2003.

6. Véase: Jorge Bracho, *El discurso de la inconformidad. Expectativas y experiencias en la modernidad hispanoamericana*, Caracas, Fundación CELARG, 1997.

7. Carrera Damas, *El culto a Bolívar...*, pp. 142 y 218.

culto a Bolívar de Germán Carrera Damas, que pone un antes y un después en nuestra historiografía y sobre todo en nuestra manera de relacionarnos con la memoria del Libertador, ya no lo resulta tanto. Más aún: ahora puede ser una amenaza para que esa nación ya consolidada se atreva a caminar sin el tutelaje de su Padre Fundador... y en rigor sin ningún tutelaje más. Es decir, para la construcción del nuevo proyecto: el democrático.

Bolívar había sido fundamentalmente usado por regímenes autoritarios y militares, que es como decir todos los que tuvo Venezuela en su primer siglo de vida independiente (bolivarianos fueron Guzmán Blanco, Gómez, López Contreras y, en un grado algo menor, Pérez Jiménez) como pábulo para el orden y la unidad, acaso las necesidades más urgentes de aquella república tan joven como tambaleante; sus glorias guerreras eran presentadas como los antecedentes de las de los generales de turno al mando, que se presentaban a sí mismos como sus herederos en la construcción de la patria grande; su vida castrense se enseñaba en la pedagogía cívica (mejor: cívico-militar) como el muestrario de los valores de la nación; su épica como la cartilla del nacionalismo frente a las ideologías “disolventes”, bien sea el comunismo en el siglo XX o, como antes de que éste apareciera en escena, simplemente para que “cesaran los partidos”, frase que hábilmente manipulada siempre le vino bien a cualquier dictador. Pues bien, aunque los regímenes civiles que se suceden en el poder entre 1958 y 1998 no abandonaron el culto bolivariano, ya esencial en la identidad de los venezolanos, ciertamente que lo mesuraron, entre otras razones, por la ya dicha: porque lo que sirve para apuntalar a unos regímenes autoritarios, no puede servir igual para uno que puso a la libertad entre sus valores fundamentales. Y, también, porque los grandes retos del bolivarianismo inicial ya estaban superados: la unidad de la nación y un orden meridiamamente estable como para encaminarla en una dirección determinada, eran ya una realidad que no requería de la epopeya para legitimarse, o eso al menos pensó la elite. En parte la resurrección del bolivarianismo, ahora vuelto, como ya veremos, “ideología de reemplazo”, la sorprendió tanto como su gran eficacia para seguir concitando voluntades. Evidentemente, por lo menos vistas las cosas desde esta perspectiva, la mayor parte de los venezolanos mantenían una especie de desfase entre su conciencia histórica, que seguía funcionando en la clave de la Historia Patria tradicional, y su realidad histórica, que ya requería de otras herramientas conceptuales y valorativas para ser interpretada y transformada.

En todo caso, es acá donde damos con la historiografía, con la “revolución historiográfica”, que se produce en los centros académicos durante el período y de la cual, vista bien, esta “rebelión” es una secuela. Ella fue la que se atrevió –no en vano Carrera Damas fue de sus líderes fundamentales– a revisar críticamente ese bolivarismo; y la que trazó nuevos derroteros, altamente innovadores, para las investigaciones históricas venezolanas que a partir de la década de 1960 se apartaron de la *Gesta Heroica* para encontrar problemas, períodos y temas hasta entonces prácticamente inexplorados: la contemporaneidad, la historia económica, lo regional, la colonia. Es decir, la libertad recién inaugurada en 1958, pronto refrendada por la autonomía universitaria y por las libertades de cátedra y de expresión, fue tal que se pudo pensar sin restricciones; tanto, que se pudo romper con la “filosofía política” del Estado y, en muchas ocasiones, hasta alzarse francamente contra él, promoviendo la revolución socialista de corte marxista-leninista, sin grandes temores a ser encarcelado, (sobre todo después de la pacificación de la guerrilla en 1968) y sin ninguno a ser removido del cargo o censurado en sus publicaciones. Esta historiografía no sólo esperó dar respuestas a los nuevos retos de la democracia –y en muchos casos, para la construcción del socialismo, comoquiera que muchos de sus portavoces eran marxistas– sino que era hija de dos aspectos directamente atribuibles al proceso de modernización y democratización que se inicia en 1936 y que hace plena eclosión entre 1945 y 1958: el de la profesionalización y disciplinamiento del oficio de historiador.

Sí, en ese 1936, y como parte del vasto programa de transformaciones a los que se lanza entonces la sociedad venezolana, se funda el Instituto Pedagógico Nacional (hoy de Caracas). Fue uno de los primeros esfuerzos del Estado moderno venezolano por promover una investigación científica alineada con los grandes problemas del país y con la formación de profesionales específicamente abocados a resolverlos; es, de hecho, uno de los primeros centros de investigación autónomos fundados como tal y el primero en dictar una de las “nuevas profesiones” de Venezuela: la de profesor, título que otorga desde entonces⁸. Dentro de ese marco, es en el Pedagógico donde por primera vez se abre una carrera superior en el área de historia: el profesorado en geografía e historia, que inicialmente se dictaba en tres años, destinado a bachilleres y a maestros

8. Véase: T. Straka, “Setenta años del pedagógico de Caracas: notas para una historia de la cultura venezolana”, *Tierra Firme*, N° 95, julio-septiembre 2006, pp. 335-351.

normalistas⁹. Diez años después, y esta vez de la mano de otro hito en el proceso de democratización, indistintamente de la polémica que aún suscita, la *Revolución* del 18 de octubre de 1945, se abre la Facultad de Filosofía y Letras (hoy de Humanidades y Educación) de la Universidad Central de Venezuela, en 1946. La experiencia del Pedagógico, donde además de historia se estudiaba castellano y literatura, como carrera, y psicología y filosofía como parte de todos los programas (y a partir del 46 también como una carrera), es muy tomada en cuenta para el ensayo. Por si fuera poco, el fundador de la Facultad fue el mismo del Pedagógico: Mariano Picón-Salas (1901-1965). Trayéndose, entonces, a muchos de los profesores y egresados del segundo para crear la nómina inicial de la primera, el esfuerzo de una década se proyecta a nuevos niveles. En 1947 se abre en la Facultad el Departamento de Historia, que es elevado a Escuela en 1958. Otro tanto pasa en la Universidad de Los Andes, donde en 1955 se abre una sección de historia de la Escuela de Humanidades, entonces dependiente de la Facultad de Derecho. Esta sección en 1965 es también elevada a Escuela¹⁰.

Desde entonces y hasta la fecha en que se escribe, la fundación de pedagógicos, así como de centros de investigación¹¹, de postgrados en historia y de escuelas de educación en las que se ofrece a sus cursantes la opción de especializarse en *ciencias sociales* (geografía e historia), adscritos a universidades públicas y privadas, ha sido muy grande. En conjunto, aunque, claro, acusando importantes desniveles, a lo largo de cuarenta años el esfuerzo ya ha producido un amplio espectro profesional, en el que se cuentan varias generaciones de egresados, que incluye desde docentes de secundaria hasta investigadores de alto nivel, todos formados dentro de una historiografía renovada. Como parte de todo esto, la llegada de experiencias foráneas, tanto

9. José Hernán Albornoz, *El Instituto Pedagógico: una visión retrospectiva*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1986, p. 17. Esta sección fue elevada a Departamento de Geografía e Historia en 1947, véase: AAVV, *60 aniversario del Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico de Caracas*, Caracas, UPEL, 2007.

10. Cfr. Inés Quintero, "La historiografía" en: E. Pino Iturrieta, *La cultura en Venezuela. Historia mínima*, Caracas, Fundación de los trabajadores de Lagoven, 1996; Robinzon Meza y Yuleida Artigas Dugarte, *Los estudios históricos en la Universidad de Los Andes (1832-1955)*, Grupo de Investigación sobre Historiografía de Venezuela/Cuadernos de Historiografía No.1, Mérida (Venezuela), 1998; y María Elena González Deluca, *Historia e historiadores de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2007.

11. Véase: Gladys Páez, "Institutos y centros de investigación histórica en Venezuela", *Tiempo y Espacio*, Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, Vol. XII, Nos. 23/24, pp. 101-114.

por la vía de los venezolanos que se formaron en el exilio durante la última dictadura (1948-1958), sobre todo en México, donde se estudiaron hombres como Germán Carrera Damas, Miguel Acosta Saignes, Eduardo Arcila Farías y Federico Brito Figueroa; o que, a partir de la década de 1960, aprovechando las oportunidades de becas que ofrecieron la democracia y la renta petrolera, se formaron en los más variados rincones del planeta; o por la llegada de profesores a su vez exiliados en Venezuela, que fue un bolsón de democracia por mucho tiempo en la región: primero, en la década de 1940, los *transterrados* de la malhadada República Española, y después, en los setenta, los del Cono Sur, por sólo nombrar dos grupos muy notables por la cantidad de sus miembros y por la influencia de su obra; junto a la especie de “terremoto teórico” que representó el marxismo a mediados del siglo XX; a la estrecha relación con las otras ciencias sociales; a la institucionalización de la investigación en centros y grupos; al fomento de ediciones; se propulsó un cambio fundamental en el modo de hacer y de entender la historia en el país. Una “revolución historiográfica”, pues. Como señala la historiadora Inés Quintero:

“En las Escuelas de Historia de la Universidad Central y de la Universidad de los Andes se comenzaron a impartir un conjunto de conocimientos tendientes a dotar de un instrumental técnico y metodológico relativamente uniforme a los profesionales del oficio. A partir de allí, el estudio de la historia se convierte en una disciplina sistemática, rigurosa y reflexiva cuya orientación no es narrativa ni descriptiva sino comprensiva y explicativa. Se pretende que el análisis trascienda el acopio de información y narración causal, supere determinismos y se oriente al estudio más allá de los hechos.

En un primer momento, hubo un marcado ascendiente de las tendencias interpretativas inspiradas en el marxismo y de la búsqueda de respuestas a los fenómenos históricos con el auxilio de otras disciplinas sociales. El impacto de los estudios multidisciplinarios e interdisciplinarios, así como la marcada influencia de esquemas generalizadores provenientes de una aplicación mecánica del materialismo histórico, marcaron de manera sustancial los estudios históricos desfigurando la especificidad del análisis propiamente histórico y dando como resultado un conjunto de obras donde el peso de las generalizaciones sociológicas y de los determinismos económicos desvirtuaban o al menos dificultaban la comprensión de nuestras peculiaridades.

No obstante, a partir de los años ochenta, puede decirse que ha habido una tendencia continua hacia la especialización. En virtud de ello, las investigaciones se han ido orientando hacia temas, problemas y períodos cuyo estudio había sido desestimado con anterioridad: la historia regional, la historia de las mentalidades, la historia social, la historia de las ideas, la historia económica e incluso nuevas perspectivas de análisis en la historia política y, mucho más recientemente, los estudios sobre la vida cotidiana..."¹².

En el resto de las escuelas de educación, pedagógicas y postgrados se participó en este proceso, a veces atendiendo lo que hacían las Escuelas de Historia, que gozaban de un liderazgo indiscutible; y de forma paulatina, generando sus propios aportes. Veamos sólo dos casos. Otra "revolución historiográfica" que, indistintamente de aquellas observaciones que con justicia puedan hacerse, en amplitud antecede a la rebelión que acá planteamos, tuvo como protagonistas fundamentales a los pedagógicos y a las universidades del interior, que tienen escuelas de educación: la de la historia regional. Hija, en realidad, de la misma "revolución" de la democratización y la profesionalización, en una década (si los tomamos desde 1977, cuando Germán Cardozo Galué, de la Universidad del Zulia, planteó el tema de la región histórica, hasta la monumental *Geografía del Poblamiento Venezolano en el siglo XIX* que en 1987, y en tres buenos tomos, publicó Pedro Cumill-Grau; destaquemos entrambos la fundación de la revista *Tierra Firme*, por Aristides Medina Rubio, como portavoz del movimiento, en 1983) ya pudo rescribir la historia venezolana "desde abajo", desde las regiones y los pueblos.

Otro tanto podemos decir del debate que ya en 1948 tienen en la prensa dos estudiantes del Pedagógico, Federico Brito Figueroa y Guillermo Morón, que con los años forjarán sendas obras muy importantes, en torno al marxismo y su utilidad para la comprensión de la historia. Tal debate resulta un hito en la discusión historiográfica venezolana, aunque aún aguarda por un estudio detenido¹³. De un modo u otro, lo que nos interesa es lo que este debate nos

12. Inés Quintero, *Op. Cit.*, p. 78.

13. Véase: Reinaldo Rojas, *Federico Brito Figueroa, maestro historiador*, Barquisimeto, Fundación Buriá/Centro de Investigaciones Históricas y Sociales "Federico Brito Figueroa" UPEL-IPB, 2007. Hemos estudiado ambos casos, el primero con algún detenimiento, y el segundo tangencialmente, en: T. Straka, "Federico Brito Figueroa: política y pensamiento historiográfico en Venezuela (1936-2000)", *Tiempo y Espacio*, Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, Vol. XVIII/No. 36, 2001, pp.

dice más allá de sus argumentos: el momento y el lugar en que fue hecho. Sólo el clima democrático del gobierno de Rómulo Gallegos podía hacerlo posible; ni diez años antes, bajo el régimen de López Contreras, que había proscrito al marxismo; ni cinco después, bajo el de Pérez Jiménez, algo así hubiera tenido lugar. Democracia, modernización e historiografía profesional son, entonces, una tríada que han logrado configurar, al menos en ciertos sectores de la sociedad venezolana, una nueva conciencia de sí mismos en el tiempo.

La reaparición, por lo tanto, del bolivarianismo, de la mano de un movimiento de origen militar, que después de llegado al poder a penas ha matizado un poco esta condición combinándose con otros actores políticos, por lo general oriundos de la izquierda marxista-leninista; y que además, junto al bolivarianismo, sostiene entre sus argumentos más notables una visión a más que crítica, de franca cesura, del período democrático y civil de 1958 a 1998, exaltando por el contrario al régimen militar de Marcos Pérez Jiménez (1948-1958), como hizo en un principio (pero que pronto hubo de dejar de hacerlo ante el aprovechamiento que de la fecha emblemática del 23 de enero, que conmemora su caída, hizo la oposición); o al gobierno de Cipriano Castro (1899-1908), del cual sólo destaca su altivez frente a las potencias imperialistas, imposible de analizar sin algo de admiración, pero del que calla todo lo demás; le ha dado pie a muchos de los historiadores formados dentro de la tríada señalada más arriba, para temer el simple renacer de un pensamiento antidemocrático y militarista que, como otros, de antaño, ha echado mano de la figura del Libertador para sus fines.

Naturalmente, al menos a los que acá nos ocupan, siempre se les puede acusar, como en efecto se ha hecho, de que tan sólo son representantes del *establishment* caído reaccionando ante cambios políticos que los han alejado de los circuitos del poder; es decir, de que simplemente son unos reaccionarios, en el sentido más literal, dolidos por su desplazamiento, ya que todos de alguna manera tuvieron figuración en el régimen caído, desempeñando importantes cargos administrativos, universitarios o diplomáticos, cuando no es que participaron activamente en la política. Por eso es importante detenerse

21-50; y "Geohistoria y microhistoria en Venezuela. Reflexiones en homenaje de Luis González y González", *Tiempo y Espacio*, Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, Vol. XXIII, No. 46, 2006, pp. 205-234.

muy bien en sus argumentos; pasarlos por el tamiz de la crítica –como se empeñaron en enseñarlo a sus alumnos– para atajar cualquier duda al respecto. Negar un componente político en sus planteamientos es imposible: ellos mismos se han encargado de admitirlo desde la primera página de sus trabajos; pero no por eso dejan de tener valor histórico-historiográfico. El punto es que esa “rebelión” no es, o no es *sólo*, contra el régimen de Hugo Chávez, sino, como se dijo al principio, contra la “filosofía política” del Estado venezolano y sus abusos, que ellos aprecian de forma especialmente intensa y amenazante para la democracia; como una especie de mula que usó un colectivo desgarnecido y que funcionó en un momento, pero que ya más bien estorba. Es decir: se trata de un episodio más en la batalla de la nueva historiografía, hija de la democracia y la profesionalización, por liberar a la conciencia histórica de los venezolanos de ciertas ataduras que, consideran sus portavoces, les impiden andar con libertad; pero es un episodio que, al contrario de lo que pasaba antes, por las circunstancias del debate político actual, goza ahora de una gran audiencia, trascendiendo los claustros universitarios a los que antes estaba restringido. Veamos, entonces, de qué se trata.

c. Los “rebeldes”

c.1) Elías Pino Iturrieta y la “patología bolivariana”

Si alguna voz empezó a oírse con verdadera fuerza en la historiografía venezolana, hasta desempeñar un rol de liderazgo, desde finales la década de 1980, esa ha sido la de Elías Pino Iturrieta (Maracaibo, 1944). Autor de obras que abrieron caminos novedosos en la disciplina y que despertaron (y aún despiertan) verdadero entusiasmo, la agilidad de su pluma –que en sí misma generó una renovación: forma parte de esos historiadores que salieron entonces y que consideran que los libros de historia son, también, libros para ser leídos, incluso con placer–, sus colaboraciones en la prensa, sus apariciones televisivas, la elocuencia con que se desempeña en la cátedra, lograron crearle una audiencia de discípulos en la universidad –toda una generación de egresados de la Escuela de Historia fue influida en mayor o menor grado por él– y, lo más notable, de lectores en el resto de la sociedad.

Pero hay más: Pino Iturrieta es uno de los productos más acabados de la democratización y profesionalización del quehacer historiográfico que se

desarrolla desde mediados del siglo XX. Egresado de la Escuela de Historia de la UCV, donde recibió formación e influencia de las principales figuras del momento, en especial de Eduardo Arcila Farías, con quien colaboró siendo estudiante; forma parte de aquella cohorte de venezolanos que se formaron en el exterior: pudo cursar su doctorado en el Colegio de México, con profesores de la estatura de José Gaos y de Leopoldo Zea, quienes le dejaron una huella fundamental, encaminándolo hacia el área de la historia de las ideas. Producto de aquello es su clásico *La mentalidad venezolana de la Emancipación* (1971), que abrió toda una vertiente de estudios en el país; tesis que le dirigió nada menos que Gaos y que le prologó, en su edición, Zea.

Ya reincorporado a la Universidad, ahora profesor, en las siguientes tres décadas siguió una muy exitosa carrera académica, que le permite anotar en su currículo cargos como el de Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, el de Presidente del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), institución que entre otras cosas promueve el importante Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, plataforma de lanzamiento de muchos de los autores fundamentales del boom: Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Fernando Del Paso, entre otros; o el de director del Instituto de Investigaciones Históricas “Hermann González Oropeza, sj”, de la Universidad Católica Andrés Bello y de la Academia Nacional de la Historia. Sin embargo lo que está en la base de todo esto y lo que, como dijimos, desde finales de la década de los ochenta empezó a hacerlo conocido en un público más amplio que el universitario, son sus libros. Por sólo nombrar algunos de los más favorecidos por las ediciones y por el público, tenemos: *Venezuela metida en cintura* (1988), *Contra lujuria, castidad. Historias de pecado en el siglo XVIII venezolano* (1992); *Las Ideas de los primeros venezolanos* (1993), *País archipiélago. Venezuela 1830-1858* (2001), o la varias veces agotada *Historia mínima de Venezuela* (1992), que coordinó. En ellos ha radiografiado el espíritu venezolano en el período de su gestación nacional (siglos XVIII y XIX), generalmente desde el estudio de esas cosas en apariencia menudas y tradicionalmente desatendidas por el historiador, pero en las que se manifiestan mejor que en ninguna otra instancia ese universo que es la mentalidad de un colectivo.

El divino Bolívar, ensayo sobre una religión republicana, aparecido inicialmente en el catálogo de la editorial Los Libros de la Catarata, Madrid, en 2003, si bien puede inscribirse entre los ensayos deliciosamente escritos y ampliamente aceptados por el público (acá estamos otra vez ante una obra

que agotó su edición en semanas) que forman parte de su bibliografía, marca una diferencia con el resto, básicamente, en dos sentidos: su vocación de plena actualidad y su enfoque más bien historiográfico. Sí, fuera de la prensa, donde es un columnista famoso, no se había dedicado a lo que podríamos llamar “historia inmediata” ni, mucho menos, al debate político; ni tampoco, en el conjunto de sus estudios sobre las ideas venezolanas, se había detenido, por lo menos no con esta amplitud, en lo específicamente historiográfico. Por eso es un libro revelador de un tiempo y de un autor, porque una dos de las vertientes de su obra pocas veces comunicadas entre sí –la política de actualidad y la historia de las ideas, porque la historiografía es parte integral de ellas– para entender a Venezuela, la de ayer y la de hoy. La circunstancia de una Venezuela en la que el bolivarianismo ha cobrado inusitado vuelo, y que además lo ha cobrado de un modo que parece confirmarle la tesis con la que abre fuegos desde la primera página: la de “los prejuicios que puede acarrear a la sociedad la sobrestimación de los pasos de un héroe por la historia”¹⁴, lo enfrentó al culto a Bolívar, senda abierta por Germán Carrera Damas hacía treinta años y no muy transitada por otros hasta entonces.

Lo llevó, es decir, al problema teórico de cómo un mecanismo ideado por la sociedad para sobrevivir –el culto al héroe– puede llegar a convertirse en una amenaza para su existencia. En, retomemos la frase de Marx, una especie de opio, que primero le calma los dolores y le amansa los pesares, para después devorarlo las entrañas, poco a poco. Pero no sólo por el interés en la indagación teórica, sino también –y sobre todo– para brindar herramientas con que revertir la situación. Porque el problema, sostiene, no es que los pueblos tengan héroes para cohesionarse en una identidad: el problema es que sean incapaces de caminar sin su tutela y, peor, que se cobijen bajo su sombra para eludir sus desatinos, como esos adultos que jamás logran madurar ni deslindarse de la falda de su madre:

“A los franceses no les pasa por la cabeza la posibilidad de pensar que Juana de Arco estuviera chiflada, inventando tertulias con arcángeles y bienaventurados. Está la santa doncella en el lugar más encumbreado sin ninguna discusión. Un debate sobre las virtudes del Mío Cid

14. E. Pino Iturrieta, *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata, 2003, p. 9.

es irrelevante para los españoles comunes y corrientes aunque tengan material para hacerlo. El personaje forma parte de sus sentimientos aunque estén ellos en contacto con una fantasía. Que fuera verdadera o falsificada la historia de la bravura contra los normandos no les quita el sueño a los británicos. Están orgullosos de esos soldados que probablemente no existieron. Entonces no vayamos a ponernos rigurosos con nuestros héroes que sin duda hicieron tránsito terrenal, que no tuvieron la pretensión de hablar con Dios, que pelearon de veras por una causa y cumplen la misma función. Como los demás, existen para apuntalar el ego de la república, para que les recitemos jaculatorias y para que podamos respetar algo por unanimidad. En consecuencia, ni siquiera cabe la sugestión de un doméstico asolamiento de pedestales.

La posibilidad de observar con ojo crítico algunos aspectos del culto apenas existe cuando de la manipulación de sus contenidos surge una patología”¹⁵.

Una patología: eso es justo lo que ve y denuncia en el muy adolorido ego de la república venezolana, así como en los mecanismos de defensa que se ideó. “La república naciente, convertida en desierto por la inclemencia de la guerra, debe acudir al pasado próximo para sacar de sus hechos la fuerza necesaria en la inauguración del camino”; sí: “en la epopeya que acaba de terminar encuentra abono un sentimiento susceptible de unificar a la sociedad, mientras se pasa de la pesadilla de los combates a la pesadilla de un contorno agobiado por las urgencias”¹⁶.

Hasta ahí Bolívar es una solución, una tabla de salvación. Pero la larga lista de excesos que a partir de entonces se cometen ya hablan de algo más morboso, más patológico. No se trata de que admiremos a una muchacha que decía hablar con los ángeles mientras dirigía con acierto la arremetida contra los ingleses, básicamente por esto último; sino que le creamos lo de las pláticas: peor aún, ¡que nos pongamos nosotros también a tener pláticas celestiales! Así, desde el primer episodio que trae a cuento, ocurrido el 19 de abril de 1832 en San Fernando de Apure, cuando la combinación de la efeméride

15. *Ibidem*, pp. 22-23.

16. *Ibd.*, p. 21.

patria con la crecida de las aguas, hizo que se sacaran en procesión a la imagen del Nazareno junto a una niña vestida como la Patria, con los retratos de Francisco de Miranda y Simón Bolívar, y el rótulo de su famosa frase atribuida en el terremoto de 1812: “Si la naturaleza se opondrá”¹⁷; desde ese episodio liminar, hasta el chavismo (de hecho, Chávez también invocó el “Si la naturaleza se opondrá...”, en los deslaves de 1999), Pino va rastreando el sentido que identifica como francamente religioso del culto bolivariano. Porque, fijémonos bien, hasta contra las fuerzas del Cosmos, Bolívar es una salvación.

Episodios así se siguen uno tras otro. Los hay del exterior —desde los revolucionarios italianos del decimonono, hasta quienes paragonaron a Mussolini y ¡hasta al mismísimo Franco! con el Libertador— pero sobre todo los hay de Venezuela. Es una lista larga: Guzmán Blanco pontificando en torno al *semidiós*, como lo llamaba, espíritu tutelar, como aseguró, de su Causa Liberal; Eduardo Blanco, que en su épica logra que la sangre “sea exhibida con elegancia, las degollinas convertidas en torneos del Amadís y la Guerra a Muerte trocada en conflagración troyana”¹⁸, para regocijo de una patria que ya no se sentía con fuerzas para prodigios similares y que por eso se refugiaba en los de sus abuelos; las arremetidas casi inquisitoriales (“los autos de Fe”, los llama) de la Academia Nacional de la Historia contra cualquiera que discutiera la gloria inmarcesible del héroe; el rol político e ideológico de la Sociedad Bolivariana, fundada por decreto presidencial en 1938; los usos que Gómez —que eleva a una especie de árbol sagrado al Samán de Güere— y López Contreras hacen de la imagen y de la memoria del Padre para sus proyectos políticos; la admonición del Cardenal Quintero, cuando aseguró en 1980 que los males de Venezuela, que habían sido tantos y tan copiosos en el primer siglo, siglo y medio, de existencia, eran un castigo prescrito por Dios para la expiación del pecado de haberse rebelado contra el Libertador en 1830: si las cosas habían mejorado entonces —en 1980 estábamos en plena euforia petrolera y con una democracia estable— es porque al Señor, así discurre el prelado, le parecía que ya la némesis había sido bastante; la forma en la que esa religión oficial ha permeado a la religiosidad popular y Bolívar es invocado en sesiones de talante chamánico;

17. Cfr. *Ibd.*, p. 29-30.

18. *Ibd.*, p. 60.

y finalmente Chávez, que es como la sumatoria de toda esta fe bolivariana, con un poco de cada caso. Esto, sostiene Pino, no es, no puede ser normal. No es una sociedad que le prende velas a Juana de Arco y se dedica a construir su vida... ¡parece una sociedad de Juanas de Arco que permanentemente hablan con su dios tutelar! Una sociedad de locos, en fin:

“Un joven historiador de los Estados Unidos, Cristóbal Conway, quien se encontraba entre nosotros en 1998 investigando una tesis de postgrado sobre Bolívar, me habló de una impresión personal que se relaciona con esta fe (...) En las postrimerías del siglo XX, la sensibilidad del investigador estadounidense vio en unas imágenes conocidas por casualidad los corolarios en la conducta colectiva. Visitando el Museo Sacro de Caracas le provocaron especial atracción unos bultos de santos coloniales que tienen la cara y la parte superior del cuerpo sostenidas por una armazón hueca. La armazón sirve para que los fieles los vistan de acuerdo a la ocasión. Uno de los guías de la institución le dijo que el santo era engalanado con diversos atuendos, según fuera la efemérides celebrada por la Iglesia y especialmente si realizaban oficios en su honor.

Apenas al salir de la exposición y todavía conmovido por esas piezas vistas por primera vez, Cristóbal Conway las asoció con el objeto de su investigación. ‘Es lo mismo que hacen aquí con Bolívar’, asintió de inmediato. Cuando me relataba el episodio no dudó en considerar como un atrevimiento lo que pensaba, pero se sentía entusiasmado con la comparación porque le explicaba muchas cosas que venía estudiando sobre la vigencia del personaje. Me confesó que, si algún día publicaba un libro sobre el héroe, pediría que tuviera en la carátula unos santos como los del Museo Sacro de Caracas. Consideraba que tales imágenes eran la clave para entender el vínculo de los venezolanos con el Padre de la Patria. ‘Ustedes lo visten distinto para cada ceremonia y para cada necesidad’, concluyó el comentario”¹⁹.

Pino Iturrieta le dedica casi la tercera parte del libro a Hugo Chávez Frías. Según entiende, el comandante-presidente le ha puesto la colección más variada y peligrosa de ropajes al santo de vestir que es el Libertador. Es

19. *Ibid.*, pp. 40-41.

la parte del libro –las últimas setenta páginas en la edición española– más, digamos, *política*. Bien pudiera reclamársele tanto espacio para una etapa que entonces llevaba cuatro años, si el aliento del conjunto es de ciento ochenta. También pudiera decirse que corre el riesgo de sobreestimar el influjo de Chávez, o que el remate sea demasiado político para un ensayo que venía siendo muy académico. Descontando la urgencia del autor por denunciar una situación que considera extremadamente grave, o su franca oposición al Comandante-presidente, una razón puede estar en que con *el proceso* se juntaron tantos fantasmas y síntomas de la “patología”, que basta reunirlos en él para batirlos a todos a la vez. Que, visto con sentido histórico, es como una muestra de todo lo que pasó antes.

Chávez, que le cambia el nombre a la república, apellidándola “bolivariana”; que en su visión de la historia considera como perdido todo el siglo y medio, los casi ciento setenta años que van desde la secesión de Colombia a su advenimiento al poder, con lo cual, entre otras cosas, se desdice de los logros que tentativamente pudo tener el ensayo civil y democrático que lo precedió; y con lo cual, además, vuelve a depositar en la casta guerrera de los Libertadores los valores sustanciales de la nación, como hicieron todos los gobernantes militares (y muchas veces dictatoriales) de antes; Chávez, que es prolijo en gestos y frases bolivarianas, que jura ante al Samán de Güere una versión libre del Juramento del Monte Sacro, para después hacérsela recitar a sus seguidores; que lanza parrafadas, según Pino, con la entonación, pero sin el vuelo, de Eduardo Blanco, mientras habla de socialismo; que es considerado por los espiritistas una reencarnación de Guaicaipuro y del Libertador; viene a ser algo así como la consumación de la “patología”. Lo importante, sin embargo; lo que sin duda hará al libro interesante en el futuro y en otras latitudes, no es el rosario de anécdotas pintorescas del Comandante o el mentís de sus ideas, sino la forma en las inserta dentro de una tradición venezolana que atenta contra sus posibilidades de pleno desarrollo democrático. Dice Pino Iturrieta:

“Páez imprimió el primer ejemplar de la biblia patriótica y la nación terminó en guerra civil. La república recién segregada de Colombia apenas pudo respirar con tranquilidad durante una década porque los notables del gobierno se olvidaron a propósito del breviario de San Simón. Guzmán edificó el Panteón Nacional para acicalar las trope-lías de su dictadura y las ofensas de su megalomanía. Los cambios de la sociedad, sino a las pretensiones de modernización que abrigaba

el autócrata y a sus tratativas para sosegar a los caudillos. El héroe es una vergüenza en el misal de Gómez, mientras el país trata de abrirse paso porque aparecen elementos materiales, determinaciones exteriores y anhelos de justicia inimaginables en la época del héroe. Los arrebatos místicos de López Contreras son la evidencia del bamboleo presidencial en una comarca que cambia sin que el primer mandatario ni su estro de la Independencia sepan cómo cambia. Chávez jura ante un árbol por el 'hombre sideral', lo sienta en una silleta de confianzas y lo convida a las aglomeraciones, pero la república se derrumba. El héroe ha sido requerido en cada etapa mientras el país da tumbos por su lado.

Cada derrumbe tiene su explicación, pero Bolívar aparece en medio de todos los escombros..."²⁰.

Tal es la esencia de la patología: esa recurrencia en una figura legendaria para paliar los requerimientos de una sociedad que, según parece, por sí sola no parece poder o querer marchar sola. ¿Demasiado severo Pino Iturrieta? ¿Demasiada oposición a Chávez, a cuyas ideas no parece concederle ninguna oportunidad? Cabe la posibilidad, pero las evidencias que trae son abrumadoras y las hipótesis que esboza con base en ellas, algo más que razonables. Pasemos ahora a otro historiador que, después de muchos años, volvió con el tema, ofreciendo ahora una teoría global de lo que, ideológicamente, entiende en el chavismo.

c.2) Germán Carrera Damas y la tesis del "bolivarianismo-militarismo" como "ideología de reemplazo"

Si Elías Pino Iturrieta se rebela contra la "patología" bolivariana pesquisándola en una tradición dos veces secular, Germán Carrera Damas (Cumaná, 1930) la interpreta dentro del marco global en el que actualmente se desenvuelve y que, contra todo pronóstico, la hace posible.

Y lo hace en un conjunto de ensayos que redactó para las más diversas ocasiones entre el 2000 y el 2003 (como materiales para un seminario en la Uni-

20. *Ibd.*, pp. 244-245.

versidad de Florida; otro en la Universidad de Londres; y para conferencias en la Universidad de Brown, en la Universidad Central de Venezuela, en la Academia Nacional de la Historia y en la Universidad Andina Simón Bolívar, de Quito), que no vinieron a reunirse como libro hasta 2005, bajo el título de *El bolivarianismo-militarismo. Una ideología de reemplazo*. Intentan ser un modelo teórico para explicar al bolivarianismo como fenómeno propio del siglo XXI, y no sólo, aunque también, como la herencia decimonónica que es. Como un fenómeno de este siglo, lo que no significa, en modo alguno, que eso lo haga legítimo a los ojos del autor: por el contrario, a su juicio, se trata de una especie de renovación del pensamiento antiliberal, potencialmente antidemocrático, ajustado a los nuevos tiempos.

La tesis central de Carrera Damas es que el bolivarianismo que en Venezuela apenas despuntaba —o volvía a despuntar— para el momento en que redactaba sus trabajos, responde a un fenómeno más amplio en el mundo una vez que el socialismo entró en crisis con el derrumbe del Bloque Soviético: el de las *ideologías de reemplazo*. Ante su salida de los menús ideológicos, muchas naciones debieron echar mano de sus viejos mitos nacionales, a veces para recombinarlos con lo que quedaba del socialismo, y a veces para simplemente reinstalarlos. La experiencia de lo vivido en Rusia y en las repúblicas que una vez constituyeron Yugoslavia, que observó de cerca estando en la región en funciones diplomáticas, era elocuente. Otro tanto, asevera, lo es en nuestra región:

“...mientras el siglo XX significó para las sociedades latinoamericanas un sostenido esfuerzo por institucionalizar el orden sociopolítico republicano, inspirándose de manera lata en el ideario liberal, si bien cargado de contenidos socialistas en lo tocante sobre todo a los derechos sociales y económicos, hoy parece posible percibir en América Latina una tendencia a buscar salidas a la desorientación ideológica mediante la adopción de las que cabría denominar ‘ideologías de reemplazo’, suerte de confusas alternativas ideológico-políticas validas de procedimientos que combinan el más rancio autoritarismo con la más desenfadada demagogia, y cargadas de contenidos liberales y socialistas, si bien estos últimos han sido hasta ahora más bien retóricos”²¹.

21. G. Carrera Damas, *El bolivarianismo-militarismo. Una ideología de reemplazo*, Caracas, Ala de Cuervo, 2005, p. 13.

En el caso del bolivarianismo que irrumpió en Venezuela a finales de la década de 1990, se trata, dice, de “una ideología de reemplazo en la que se enlaza con el militarismo y, según pretenden algunos, con el marxismo-leninismo, marca la culminación de un largo proceso de utilización ideológica y política de la figura histórica y el pensamiento de Simón Bolívar”²². En efecto, por una parte, sostiene el autor, estaba la búsqueda por parte de los marxistas-leninistas de un asidero tras la caída del Muro de Berlín²³; y por la otra la presencia del bolivarianismo como, según la fórmula de Castro Leiva, “filosofía política” del Estado venezolano; en ambos casos, sus exponentes más radicales, a la izquierda y a la derecha, siempre fueron adversos al proyecto democrático de 1958, y por eso en la circunstancia de su derrumbe cuarenta años más tarde, fue relativamente fácil la unión de los dos grupos.

A colación, Carrera Damas trae una abundante cala de datos sobre el nacimiento y desarrollo del bolivarianismo en Venezuela. En ninguno de los dos aspectos –tanto el de la “desorientación ideológica” de los marxistas-leninistas, como el del culto a Bolívar– se trató de un camino novedoso para él. De hecho, ambos son de los vértices fundamentales de su biografía, política y académica. Acá valen unas líneas sobre el autor²⁴. Carrera Damas forma parte de esa generación de venezolanos a los que su militancia en el Partido Comunista de Venezuela (PCV) los puso en contacto con una reflexión crítica y novedosa de la realidad nacional y su historia, de la mano del marxismo. Después, el golpe de 1948 y la dictadura militar que entroniza por diez

22. *Ibd.*, p. 43.

23. “La desorientación ideológica producida por la crisis del socialismo, no ya del autocrático sino también de su más elaborada versión teórica, es decir la socialista soviética, ha obligado a los sobrevivientes latinoamericanos del socialismo autocrático a procurarse una salida que les permita lograr alguna participación política sin tener que enfrentar la para ellos imposible tarea de autovaloración crítica. Para esto han seguido la penetración y degradación de movimientos antes vistos por ellos con desdén, si no con franca hostilidad, tales como la teología de la liberación, el ecologismo, el indigenismo, y la antiglobalización; desdeñadas por la muy poderosa y doctrinaria razón de que no podían ser centro de su acción la lucha de las masas lideradas por la clase obrera y, antes bien, eran estigmatizadas como naderías de la clase media.”, Carrera Damas, *Op. Cit.*, p. 211

24. Véase: Miguel Ángel Rodríguez Lorenzo, “Aproximación a un inventario comentado de la bibliografía de Germán Carrera Damas”, *Historiográfica, revista de estudios venezolanos y latinoamericanos*, No. 1, Mérida (Venezuela), ULA, 1999, pp. 105-163; Juan Carlos Contreras, “La caracterización de la historiografía venezolana según Carrera Damas”, *Dialógica*, Vol. 3, No. 3, Maracay, UPEL, 2006, pp. 113-164; y “Germán Carrera Damas: su labor historiográfica”, en AAVV, *Ensayos de crítica historiográfica*, Mérida (Venezuela), Grupo de Investigaciones sobre Historiografía de Venezuela/ULA, 2007, pp. 78-86.

años, lo llevaron a un muy fructífero exilio en México, que corona con una maestría en historia en la Universidad Autónoma Nacional. Algo alejado del PCV a raíz de la invasión a Hungría en 1956, cuando en 1958 regresó a Venezuela, emprendió la labor que consideró más urgente para la consolidación de la democracia: sacudir a la historiografía tradicional –la llamada *Historia Patria*– que a través de sus narrativas epopéyicas y de su culto a los héroes (a Bolívar por sobre todos) se había convertido en el aparato ideológico de un Estado hasta el momento esencialmente pretoriano, pero también para acusar las manipulaciones que al mismo tiempo identificaba en la revisión que el PCV estaba propiciando de la misma. Vale la pena hacer una cita *in extenso* de lo que dice al respecto sobre la forma en la que esto definió su obra:

“Cuando volví [a Venezuela], después de diez años de exilio, en mayo de 1958, ya había tomado la decisión de alejarme, y mantenerme alejado, de toda militancia partidista. Había vivido una experiencia que me hizo perfeccionar esa decisión, largo tiempo madurada. Topé con la para mí inaceptable pretensión de que debía ‘dar a leer’ mis incipientes trabajos históricos a una comisión calificadora, para su aprobación.

Por si fuera poco, no disimulaba mi desacuerdo con el dogma historiográfico por cuya pureza velaba tal comisión. Fundamentales en ese dogma eran tres ruedas de molino con las que yo debía comulgar para contar con el beneplácito de los guardianes del dogma. La primera estaba representada por el José Tomás Boves repartidor agrario, de clara inspiración agrarista mexicana. La segunda estaba conformada por el Ezequiel Zamora revolucionario avanzado, si no socialista, sin base documental confiable y como contrapeso a la figura de Antonio Guzmán Blanco. La tercera era nada menos que la del Simón Bolívar demócrata ejemplar. En esto último la ortodoxia pseudo marxista se daba la mano con el bolivarianismo ultramontano, de tan triste ejecutoria.

(***)

La proposición de Simón Bolívar como símbolo de la lucha por la democracia y aun por el socio-fidelismo, me parecía, de entrada, un exabrupto. Este choque intelectual intensificó una preocupación nacida de la incongruencia que advertía entre lo bien que se habían servido las dictaduras venezolanas de la figura y el pensamiento de Simón Bolívar, y la propensión que mostraban los sectores democráticos a ‘rescatar’ esos valores.

*Mi preocupación llegó al punto de temer por el destino de la naciente democracia institucionalizada, si tomaba el camino ideológico de las dictaduras de Antonio Guzmán Blanco, Juan Vicente Gómez Chacón, Eleazar López Contreras y Marcos Pérez Jiménez. Veía en la invocación bolivariana acrítica un peligro para la consolidación del poder civil en la incipiente democracia venezolana. Mis primeras inquietudes a este respecto las publiqué en mayo de 1960, bajo el título *Los ingenuos patricios del 19 de abril*.*

*El considerable escándalo que suscitó el mencionado artículo me estimuló para emprender un estudio sistemático de la cuestión. El resultado fue mi obra **El culto a Bolívar**, que también ha suscitado cierta controversia”²⁵.*

Así, tal vez estaba emprendiendo la más subversiva y fértil de las confrontaciones posibles. Aquella que esperaba desenmarañar un discurso creado al vivac de la guerra de Emancipación y que, si bien había logrado en siglo y medio darle legitimidad a la república y solidez a la conciencia nacional, estaba a tal punto transido de mitos e imprecisiones, que ya era más que necesario, perentorio, superar. No fue tarea fácil. Se trataba de demoler certezas, de enfrentarse a la filosofía política dominante. De identificar cómo se había levantado todo eso y de ver por dónde empezar su demolición. No en vano la revisión crítica e historiográfica ocupará sus primeros esfuerzos, conjuntamente con la dotación, en la Escuela de Historia de la UCV, de un enramado teórico y metodológico que elevara la cientificidad de una disciplina entendida, en muchos casos, como una rama menor de las bellas letras.

El esfuerzo estuvo lleno de obstáculos. Había que enfrentarse a los grandes monumentos de la Historia Patria, a la ciclópea figura de Bolívar y a su celosa guardiana, la Academia Nacional de la Historia, pródiga de anatemas. Con su *Historia de la historiografía venezolana*, cuyo primer tomo aparece en 1961, hace el inventario de cómo y por qué se pensó y escribió la historia que todos daban por cierta, desenmascarando sus trampas, aunque resaltando sus virtudes; con su estudio “Sobre el significado socioeconómico de la acción de Boves” (1964 como prólogo a una compilación documental, después saldrá individualmente como libro) revisita la Historia Patria con el armamento crí-

25. Carrera Damas, *Op. Cit.*, pp. 80-81.

tico para demostrar cómo, siquiera con una nueva lectura de un viejo tema (incluso de las viejas fuentes), demuestra ser muy otra a la propuesta por los convencionalismos: y cómo una de sus manipulaciones de la hora –volver a Boves un precursor de la reforma agraria– era nomás que eso, una manipulación; después, con su *Historiografía marxista venezolana* (1967) apunta el arsenal hacia esas nuevas corrientes a las cuales estaba empezando a rendírsele una pleitesía similar a la de la Historia Patria, cosa muy valiente entonces; con la compilación que hace con una de sus primeras discípulas, Angelina Lemmo, de los “Materiales para el estudio de la ideología realista” (1969), se atreve todavía a más: a ver el proceso desde la perspectiva de los malvados por antonomasia de nuestra historia, los realistas, dotando, encima, al volumen –un número especial del boletín del Instituto de Antropología e Historia– de un prólogo que replantea todo lo dicho sobre la Emancipación: “La crisis de la sociedad colonial”; ese mismo año también aparece *Metodología y estudio de la historia* (1969), que recoge varios textos publicados desde 1958, y en la que sienta las tesis teóricas que ha venido trabajando en la Escuela; y finalmente, en 1970, con su obra máxima, *El Culto a Bolívar*, en el que radiografía los abusos y manipulaciones que se habían venido haciendo, con fines no siempre nobles, de la figura del Libertador, terminaba de cimentar una reevaluación crítica de lo que los venezolanos entendíamos por historia:

“La tesis fundamental de la obra es que el fenómeno psicosocial iniciado espontáneamente como un culto del pueblo, fue convertido por la clase dominante en un culto para el pueblo. Es decir que pasó de ser expresión de admiración y agradecimiento a ser un instrumentos de manipulación ideológica del pueblo, al servicio de causas dictatoriales, despóticas o de dudosa calidad democrática”²⁶.

Todo este esfuerzo de análisis e interpretación historiográfica se despliega en sólo en los diez primeros e intensos años de su obra. En la década de 1970 emprenderá la revisión del país en su conjunto y en la siguiente, en la década de 1980, ya abocado al diseño de las políticas públicas, formando parte, sucesivamente, de la Comisión Presidencia para la Reforma del Estado (CO-PRE) y del servicio diplomático, afinará todas estas reflexiones en función de la construcción de unas nuevas y mejores república y ciudadanía. Con tal

26. *Ibidem*, p. 81.

currículo, algo tenía que decir referente a la *Revolución Bolivariana*. Los peores fantasmas del bolivarianismo que creyó diluidos volvieron a la palestra; el mecanismo de dominación ahora regresa bajo un manto de promesas reivindicativas y de etiquetas socialistas. Pero el núcleo es el mismo: el de un pueblo que no puede marchar sin las muletas de sus héroes, o de las de aquellos que se dicen sus portavoces actuales (los Guzmán Blanco, los Gómez, los Chávez...). Así ve Carrera al *proceso*, y por eso pide, respetuosamente, una rebelión con el dios tutelar; si para algo sirve toda la renovación historiográfica desarrollada desde 1958 ha de ser para eso. Cerremos, como conclusión del mensaje de su obra, con esta cita:

“Porque ya somos históricamente adultos, y por lo mismo capaces de comprender que la historia se compadece de los flacos de ánimo pero sólo exalta a los que viven con entereza su destino, debemos asumir como pueblo la responsabilidad de un pasado del cual somos herederos solidarios, aunque nos empeñemos, si bien en vano, de ignorar la condición obligante de la solidaridad. Hasta el punto de que pareciéramos no comprender que vivimos tiempos en que pueblos de todos los niveles de desarrollo, y venerables instituciones, asumen a plenitud su pasado histórico, a veces cargado de delitos mayores contra la humanidad.

(***)

En tiempos difíciles para los españoles, don Miguel de Unamuno los llamó a lanzarse al rescate del sepulcro de quien justamente por ser quijote, pudo atrapar la fibra más noble del espíritu humano y, volviéndola tesón y valentía, la rindió al bien de la humanidad. Era mandato quitarle ese sepulcro a quienes lo usurpaban, al tiempo que labraban el infortunio de España; y los excitó a restablecer con aquél que, como el Cid, también podía vencer después de la muerte, un contacto que tonificara el espíritu colectivo en su determinación de progresar socialmente y de instaurar la libertad.

En tiempos no menos difíciles es oportuno, por contrapartida, que los venezolanos nos alejemos del sepulcro de Bolívar, para que él pueda dormir en paz su alta gloria; y que nos dispongamos a montarle guardia con nuestra conciencia crítica, para que la merecida admiración que le rendimos deje de perturbar su sueño y podamos enderezar

nuestro sentido histórico. También para que él mismo deje de contribuir a que quienes han usurpado su sepulcro continúen labrando el infortunio de los venezolanos, y así recobremos la confianza en el progreso social y moral, y preservemos el disfrute de la libertad”²⁷.

¿Hace falta agregar más?

c.3) Guillermo Morón y la “desbolivarización” de la sociedad

Incorporar a Guillermo Morón (Carora, 1926) al grupo de estos “rebeldes” contra el bolivarianismo, es correr con el riesgo de la polémica. Por lo menos desde la aparición de su *Historia de Venezuela*, en cinco volúmenes, en 1971, prácticamente todo lo que tenga que ver con su obra es pasto de la misma. Tanto, que es tal vez la única obra de nuestra historiografía que ha merecido el muy peculiar privilegio de que se le haya redactado, y además por una historiadora de reconocida solvencia, una monografía, en específico, para desmentirla²⁸. A partir de entonces Morón ha vivido la contradicción –no tan extraña después de todo, porque así suelen ser las relaciones entre lo popular y lo académico– de ser considerado por la mayoría de los venezolanos como el historiador de su patria, cosa refrendada hasta en un joropo, pero siendo muy, pero muy poco popular en los círculos académicos, por mucho de que esto haya ido cambiando en las últimas generaciones. Tanto él, entonces, como los otros tres autores que acá se tratan, tal vez se sorprenderán de verse en un mismo grupo.

Las razones para esto no son pocas. Aunque Morón también fue hijo del proceso de profesionalización; se graduó en la célebre “Promoción Juan Vicente González”, que egresa del Pedagógico Nacional (hoy de Caracas), en 1949, el camino que siguió ha sido extremadamente personal; prácticamente al margen de lo que se ha hecho en los últimos cincuenta años en las universidades. Es de destacar que en esa promoción “Juan Vicente González” también figuró Federico Brito Figueroa (1922-2000), que a pesar de las hondas diferencias ideológicas que, como vimos, ya debaten entonces, va a

27. *Ibd.*, p. 162.

28. Angelina Lemmo, *De cómo se desmorona la historia*, Caracas, UCV, 1973.

ser su amigo de toda la vida. Durante la Dictadura, aunque no precisamente por graves desavenencias con el régimen, por lo menos no al principio; se marcha a España, donde obtiene el doctorado en Filosofía y Letras, mención historia; para después perfeccionarse en filosofía, estudios y lenguas clásicas en la Universidad de Gotinga, en Alemania. Producto de estos estudios, en 1954 publica *Los orígenes históricos de Venezuela*, que es un libro que causa sensación, con un enfoque novedoso para el tratamiento de la etapa de la conquista, y que después será incorporado a la *Historia...* que aparece dos décadas después. El problema estalla con la *Historia de Venezuela*. En rigor, los primeros tres tomos de esta obra, que revisan el pasado colonial desde la “estructura provincial”, es decir, desde las diversas provincias que en 1777 se unen en la Capitanía General, y no sólo desde Caracas, como era común hasta entonces, constituyen un aporte. Los tomos referentes a la Independencia y la república, sí han abrigado siempre importantes reservas; siendo considerados, en el mejor de los casos, como una simple ampliación de sus manuales escolares.

Y llegamos a sus manuales escolares: tal es otra vertiente significativa de su obra, fundamental para explicar la fama que goza. En 1956 aparece el primero de ellos, titulado *Historia de Venezuela*. Éste en particular tendrá numerosísimas reediciones (y con variantes pequeñas, en México, nada menos que por el Fondo de Cultura Económica; en los Estados Unidos, traducida al inglés, y hasta en Rumania) cosa que, junto a su constante colaboración en la prensa (a los diecinueve años es nombrado director del importante diario *El Impulso*, y hasta mediados de la década de 1990, no dejó de publicar en diversos periódicos), a sus apariciones en la televisión y a su actividad política, va a afianzar firmemente su imagen de ser *el* historiador de Venezuela: para muchos venezolanos, lo único que han oído de historia ha sido por conducto de algún texto suyo.

Pero el quiebre entre Morón y el resto de los historiadores de su tiempo se dio por razones importantes. Antes que nada, desde el principio Morón se opuso tenazmente al marxismo y, en general, a todo lo que no fuera lo que él mismo llama una “historiografía clásica”. Desde el debate que tiene con Brito Figueroa en el 48, hasta la actualidad, ha sido invariable en esto. Incluso llegó a declararse discípulo de Bossuet. Al igual que Brito ensayó una historia general de Venezuela desde el marxismo (la *Historia económica y social de Venezuela*, aparecida en dos tomos en 1966, y elevada a cuatro para

1987), Morón hizo lo propio, pero inspirándose en los viejos historiadores, narrando y analizando los grandes hechos, fundamentalmente los políticos. Su obra no acusa recibo de prácticamente ninguno de los grandes debates que se dan en las Escuelas de Historia de las décadas de 1960 y 1970. Simplemente como si no hubieran existido. Pero hay más: muy identificado con la herencia hispánica, tesis como la negación de la condición de colonia de las provincias que después serían Venezuela –tesis que, por cierto, desde ciertas perspectivas han sido revaloradas últimamente– le valieron la animadversión de quienes hablaban de la dependencia y el neocolonialismo. Hispanófilo, amigo, en parte porque se formó con ellos, de muchos de aquellos promotores de la *hispanidad* afectos al franquismo; sin un entusiasmo especial por los grupos indígenas –a quienes no tuvo empacho en llamar *indios*– ni por su legado, lo suyo era como para dejar atónitos, como en efecto los dejó, a quienes pugnaban por meter a la historiografía por otros senderos. Súmesele que políticamente siempre apoyó movimientos ubicados a la derecha del espectro nacional; que trabajó en la transnacional petrolera Shell, dirigiendo su revista; que dio clases en la Universidad Católica Andrés Bello y después en la Simón Bolívar, ambas famosas en los sesenta y setenta como conservadoras; que a los treinta y dos años fue incorporado a la muy, para entonces, detestada Academia Nacional de la Historia, vista como el núcleo que, en verdad, era de la historia tradicional; y, para colmo, que triunfó como hombre de negocios...súmese todo eso y tenemos al perfecto *malvado* para el visor de un joven historiador de 1970.

Pero a la gente, al común, a las maestras, les gustaba y les sigue gustando los libros de Morón. Naturalmente, puede decirse que les gusta precisamente por tradicionalistas, porque no alteran verdades consagradas, porque no hacen verdaderos retos a la conciencia histórica... pero eso es ya desdeñar mucho del conjunto de la sociedad. Ahora bien, como director de publicaciones de la Academia Nacional de la Historia y después como su director (entre 1986 y 1995), editó un millar de títulos, rescatando incunables o publicando manuscritos, sobre todo coloniales, que de otro modo estuvieran prácticamente fuera del alcance de los investigadores. Este aporte editorial, por sí solo, esta fuera de toda discusión. También organizó un departamento de investigaciones, en el que encontraron trabajo muchos licenciados en historia, que desarrollaron una obra muy ajustada a los planteamientos de la nueva historiografía. Por si fuera poco, a partir de 1982, dirigió la publicación de una colección de treinta y tres volúmenes de la *Historia general de América*, con especialistas de todos

los países, que constituyen un aporte del esfuerzo historiográfico y editorial venezolano que no se ha reconocido aún del todo. Después del barullo despertado por su *Historia...*, se centró en la narrativa, publicando novelas que tuvieron verdadero éxito editorial.

A punto de cumplir ochenta años Morón sacó un libro difícil de definir. Es algo así como unas memorias, algo inconexas en sus partes; escritas con verdadero desenfado (“yo escribo sencillamente porque me da la gana”, espeta al principio) y muy poca piedad para con quienes no son merecedores de su estima. Es el libro de un hombre que siente que ya no tiene nada que perder. De hecho, el título, *Memorial de agravios* (Caracas, Alfadil, 2005), no es sólo un tributo más que le hace al viejo castellano, sino una clara señal de su espíritu; del ajuste de cuentas vital que procesa. ¿Por qué traemos este texto a colación? ¿Por qué, a pesar de lo dicho, Morón viene a dar ahora a la condición de “rebelde”? Porque, con todo, es muy decidor del momento historiográfico que estamos delineando el que hasta él, tan clásico, tan al margen de lo que representó el proceso de renovación historiográfica que lideró un Carrera Damas, identifica el problema y por primera en su vida coincide con él (¡e incluso lo cita!): el bolivarianismo se ha convertido en un peligro para la democracia. Sus asertos, en esto, son tan severos como en lo demás. Cuando habla del *proceso* y de Hugo Chávez lo hace sin cortapisas, sin deseo alguno de parecer imparcial, de asumir la mesurada postura del historiador. Es una andanada de acusaciones altisonantes lo que reserva para el Comandante. Dice, por ejemplo:

*“No fue una gota la que rebasó el vaso, sino toda una tormenta la que se tragó el vaso y a todas las aguas que servían la tradición. La avalancha bolivariana que cubre todas las malhechurías de un golpista convertido en Presidente electo por una minoría un poquito más minoría que las otras minorías, pero con una mayoría del setenta por ciento de votos que no fueron a las urnas”*²⁹.

Pero lo importante, una vez más, es que busca un sentido histórico y termina llegando a conclusiones similares a las forjadas, con muchos datos y reflexión, por los autores precedentes. Aunque asegura que “la República Bolivariana será un episodio en historia política malhumorada de la historia del

29. Guillermo Morón, *Memorial de agravios*, Caracas, Alfadil Editores, 2005, p. 129.

pueblo que trata de respirar libertad y justicia”³⁰; reconoce que lo que llama el culto al “Mío Cid Libertador”, ese culto, “que historiadores de penúltima generación tratan de desmontar –Germán Carrera Damas, Luis Castro Leiva, Elías Pino Iturrieta, Ángel Ziem– empezó en 1813 (...) se opaca mientras los restos se guardan en Santa Marta, resurge con Páez y el traslado a la Catedral de Caracas cuando Mío Cid retorna a su casa (...) sube la temperatura mitológica con el Panteón, alcanza su apogeo en el Campo de Carabobo, se envilece en las Cívicas Bolivarianas y se despacha en las turbias aguas de los Círculos Bolivarianos.³¹ Es, pues, una tradición de casi dos siglos, comenzada por el mismo Bolívar en vida.

“Así, pues, el Mío Cid Bolívar, el Mío Cid Libertador, es responsable del marasmo chapista. Los grandes escritores españoles pidieron un nuevo destierro para don Rodrigo Díaz de Vivar, el Campeador; desterrar su mito de la memoria del pueblo para que el pueblo español viviera de nuevo”³².

Por eso hay que “desbolivarizar” al país. “Si Bolívar no se ha escapado del Panteón, horrorizado por tantos huesos falsos (...) sería conveniente (...) sacarlos a todos, uno a uno para un panteoncito local o para una fosa común”³³. ¡Vaya! ¿Y a qué tanta severidad?

“Mientras tanto se puede y debe recuperar la vieja Plaza Mayor de Caracas, limpiar las aceras del Palacio de las Academias, recuperar las escuelas integrales y restablecer el nombre de la República de Venezuela monda y lironda, la República cuyo fundamento es el pueblo con memoria y sin mito. Largo trabajo de reconstrucción para cien años, si no se secan los ríos, si no se talan los árboles, si no se mueren de hambre los niños de la calle, si no se termina de contaminar con odio bolivarianos a la gente común y corriente llamada pueblo”³⁴.

30. *Ibd.*, p. 128.

31. *Ibd.*, p. 127.

32. *Ibd.*, p. 133.

33. *Idem.*

34. *Idem.*

La República cuyo fundamento es el pueblo con memoria y sin mito: qué forma tan monda y lironda de explicar las razones para liberarnos del tutelaje de dos siglos del Libertador. No es poca cosa viniendo del historiador al que atienden hasta los cantadores de joropo.

c.4) De porqué Manuel Caballero no es bolivariano

Ubicado entre el periodismo –en 1979 fue Premio Nacional en el rubro– y la historia, que ha copado lo fundamental de sus afanes, Manuel Caballero (Caracas, 1931) se une al corro de los rebeldes con una compilación de textos que desde 1975 ha venido publicando sobre –mejor habría que decir, contra– el bolivarianismo, sugestivamente titulada: *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*, aparecida por Alfadil Editores, de Caracas, en 2006, como el número 9 de la “Colección Manuel Caballero”.

Por varias razones es un libro típico de los de Caballero –escrito con agilidad de periodista y, de hecho, con muchos de los textos pensados inicialmente para la prensa; con buenos tirajes (;dos ediciones en un mes!), con fina ironía espolvoreada sobre todas las páginas, con comentarios agudos y muy eruditos– pero hay una por la que es, probablemente, el más atípico de todos los libros de historia publicados en Venezuela desde que se separó de Colombia: es, acaso, el primero en el que un historiador venezolano declara tajantemente y a los cuatro vientos, que no es bolivariano. Si Elías Pino Iturrieta y Germán Carrera Damas abonaron el terreno teórico para la rebelión, Caballero tomó una pira y está dispuesto a quemar el Palacio de Invierno. Veamos:

“...no soy bolivariano por la misma razón que no soy antibolivariano. Es decir que no creo que quien pretenda escribir un análisis, llámese histórico, político, sociológico, filosófico o todas esas cosas unidas, deba adoptar una actitud semejante. Y eso, ni siquiera con referencia a la más relevante personalidad posible: se puede escribir una historia cristiana o por el contrario anticristiana; es también posible escribir una historia mahometana o antimahometana. Pero en ambos casos, queda claro que (cualquiera que sea su dimensión) se estaría escribiendo un panfleto político, filosófico y hasta histórico, pero no se estará frente a un libro de historia. Porque la historia es la memoria colectiva de la humanidad, es el análisis del desa-

rrollo de los hombres en sociedad; y eso no puede reducirse a un solo hombre, por influyente que haya sido"³⁵.

O lo que es lo mismo: que vistas así las cosas, poco de lo escrito en la Historia Patria, tan bolivarianas como han sido, puede considerarse historia; o que por lo menos hoy no lo sería si a alguien se le ocurriera escribirla así. Por eso, y por otra razón más poderosa, no es bolivariano: por su oposición al nacionalismo, que en Venezuela se ha edificado sobre la figura del grande hombre, y "que ha sido uno de los mayores flagelos del siglo veinte con su carga de sangre y de horror"³⁶. Continúa cuando es venezolano y Venezuela, por lo menos la que república que emerge en 1830 y en la que aún vivimos, "no es una creación de Bolívar, sino que se formó *contrariando la voluntad del Libertador*"³⁷. Tales, afirma, "son mis razones como historiador, como venezolano y como ciudadano de un país laico para enfrentar un fundamentalismo semirreligioso y hartamente perjudicial. Pero además, para dejar claro que mientras mi oposición apela a la razón, el culto a Bolívar apela a lo irracional, por ignorancia o por mala fe"³⁸.

De seguidas presenta un conjunto de textos de varia índole –artículos de prensa, fundamentalmente; ponencias, reseñas y ensayos de mayor aliento, lo que, eso sí, le da cierta desigualdad a los textos– en los que estudia de diversas maneras al bolivarianismo. Como con Carrera Damas y Pino Iturrieta, en este otro libro de la rebelión de los historiadores venezolanos contra el culto bolivariano, Hugo Chávez, ocupa un lugar destacado. No, como en los otros casos, a través de la oposición a sus ideas y políticas concretas, cosa que hace semana a semana en uno de las columnas más leídas del país, que dominicalmente aparece en el diario *El Universal*, de Caracas; sino a través de su análisis con sentido histórico.

Primero, algo de crítica histórica. Ataca a dos de esas típicas manipulaciones de las ideas del Libertador que desde hace siglo y medio se han venido haciendo todos los gobiernos: entresacar con pinza una frase de sus escritos,

35. Manuel Caballero, *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*, 2da. edición, Caracas, Alfadil, 2006, p. 12.

36. *Ibid.*, p. 13.

37. *Ibid.*, p. 21.

38. *Ibid.*, p. 13.

descontextualizarsa y volverla una máxima, bajo el título de “pensamiento del Libertador”. Para construir el socialismo (bien que *bolivariano*), así como antes para combatirlo, el procedimiento ha sido el mismo, y como prueba señala el caso de “los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miserias en nombre de la libertad”, que ha hecho las delicias de las izquierdas latinoamericanas; y aquello de “si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”, que a su vez ha hecho las delicias de las dictaduras de derechas militares, y en función de su ataque a los partidos, generalmente socialistas... Así es Bolívar: como lo dice Pino, un “santo de vestir”, que en cada efeméride se cubre con el ropaje que más le convenga.

Lo del segundo caso se resuelve con relativa facilidad con una simple crítica externa del documento: extraído de su última proclama, fecha el 10 de diciembre de 1830, es evidente que no se trata, como tantas veces se manipuló, de los partidos modernos, que no existían, si no de las fuerzas disolventes que, literalmente, estaban partiendo a su Colombia. Pero lo del primero sí requirió un trabajo algo mayor. Tomado de una carta al Encargado de Negocios de Su Majestad Británica, Patricio Campbell, de 5 de agosto de 1829, Caballero la analiza en dos planos: primero, el destinatario, nada menos que el representante de la potencia que estaba en competencia con los Estados Unidos por ocupar un lugar privilegiado en los mercados y la geopolítica de la que hasta hacía nada había sido la América Española, y a la que, ostensiblemente, prefería el Libertador, entonces, y este es el segundo punto, ya en su fase conservadora. Se trata del Bolívar de la Dictadura, del que proscribió a Bentham y a las logias, del que tuvo entre los obispos a sus principales aliados: generalmente no se cita el párrafo que a continuación agrega: “por el sur encenderían los peruanos la llama de la discordia; por el Istmo los de Guatemala y Méjico; y por las Antillas los americanos y los liberales de todas partes”³⁹. Es, pues, un aserto antiliberal (lo que, sin embargo, no viene necesariamente en contra del ideario marxista-leninista). Aunque consideramos que las tirantes relaciones del último Bolívar, ese que José Gil Fortoul dibujó tan bien a partir de 1827, merecen un análisis aún más detenido y que no estaban, como otros testimonios confirman, del todo exentas del temor a que el naciente imperialismo norteamericano fuera a ser,

39. Citado por *Ibd.*, p. 50.

como fue por un siglo, un problema para el libre desenvolvimiento de las repúblicas hispanoamericanas; el análisis de Caballero va colocando algunas cosas en su lugar.

Después viene la que tal vez es la parte más acabada y novedosa del libro: la tercera, “Bolivarianismo y fascismo”. A través de una breve introducción al fascismo y a la utilización que hizo Mussolini de la figura del Libertador –por demás, muy a propósito del gusto del régimen de Juan Vicente Gómez: por algo el Duce también prohijó y editó a su gran ideólogo, Laureano Vallenilla-Lanz– como expresión suprema de la “raza latina”, como creador latinoamericano del “Estado fuerte y unitario” (¡ah el Bolívar de 1828!), como líder fuerte y popular (es decir como Duce), pasa “del bolivarianismo de los fascistas, al fascismo de los bolivarianos”. Siguiendo el esclarecedor camino seguido por Umberto Eco para definir al *ur-fascismo*, es decir, el de la pesquisa de esas raíces primigenias del movimiento que, juntas o repartidas en subgrupos, permiten identificar células potencialmente fascistas en diversos pensamientos. Una sola no basta, pero la reunión de dos o tres ya pueden prender la señal de alerta. El culto a la tradición, por ejemplo, en nuestro caso, contra el capitalismo globalizador y neoliberal; ese culto, que busca en héroes legendarios, guerreros, vigorosos, un asidero nacional para colectivos desencantados con los modelos de la modernidad, sobre todo la democracia liberal, que huele tanto al culto bolivariano; y además como pábulo para el llamamiento a las clases medias frustradas contra la oposición a los “podridos” gobiernos parlamentarios (“que cesen los partidos y se consolide la unión”), también características típicas del *ur-fascismo*, le permite configurar un “fascismo bolivariano” en el movimiento de Chávez, que, al menos como hipótesis, es atendible.

Demás está decir que Caballero cubre todo los requerimientos para ser, como todos los de la “rebelión”, otro representante de la profesionalización del oficio de historiador que se da a mediados del siglo XX. Proveniente del Partido Comunista, y después de haber pasado su exilio durante la Dictadura Militar (1948-1958) en París y Roma, una vez retornado al país, se graduó en la Escuela de Historia de la UCV, de la que será después uno de sus más connotados profesores; obtuvo más adelante un PhD en la Universidad de Londres. Especializado en el tema de la historia política, a él se le deben unas cuantas monografías fundamentales, como *La Internacional comunista y la revolución latinoamericana* (1986) o *Gómez, el tirano liberal* (1993); en buena

medida el “descubrimiento” historiográfico de Rómulo Betancourt, de quien en juventud fue un severo opositor, y sobre el que ha producido un precursor *Rómulo Betancourt* (1977) y después una biografía política llena de propuestas sugestivas, que deja muchos caminos abiertos (pero que no siempre, lamentablemente, transita): *Rómulo Betancourt, político de nación* (2004). Pero de mayor difusión han sido sus libros de ensayos, donde el ejercicio del periodismo y de la militancia política se unen con la historia para presentar análisis de la sociedad venezolana reveladores y capaces de concitar un gran y cautivo público de lectores: *La pasión de comprender* (1983), *Ni Dios, ni Federación* (1995) o *Las crisis de Venezuela contemporánea* (1998), ya son compilaciones ineludibles en ese género que en Venezuela ha tenido tantos cultores –Mariano Picón-Salas, Arturo Uslar Pietri– que es el ensayo libre. Súmesele a esto su labor como un hombre que sabe moverse en los meandros del humor, con trabajos reunidos en obras como *Defensa e ilustración de la pereza* (1998), y termina la configuración de un hombre que no sólo logra hacernos pensar y cuestionar lo que normalmente hemos pensado, sino que logra además lo hagamos con una sonrisa⁴⁰. El libro que acaba de reseñarse es un ejemplo de esto.

d. ¿Hartos de Bolívar?, a modo de conclusión

Tres cosas parecen haber quedado en claro después de este recorrido: a.) por primera vez en la historia (y en la historiografía) venezolana se manifiesta una “rebelión” tan amplia y franca al culto a Bolívar, al punto de que cuatro de los historiadores vivos más importantes del país sacaron libros específicamente para denunciarlo: este dato, por sí solo, es revelador de un estado muy particular en el país, de procesos fundamentales que lo han cambiado en las últimas décadas y de la naturaleza de la coyuntura actual y sus posibles implicaciones; pero no lo es tanto como el hecho de que su prédica haya encontrado tanta audiencia más allá de las universidades, adonde normalmente se restringían estos debates. Evidentemente, b.), esta rebelión está claramente impulsada por la *Revolución Bolivariana* y el temor, en estos historiadores, que políticamente les son muy adversos, de que se trate de una simple reedición del bolivarianismo tradicional de nuestras dictaduras militares, destinado a

40. Para una semblanza del autor, véase: Vanesa Peña Rojas, *Manuel Caballero, militante de la disidencia*, Caracas, Los Libros de El Nacional, 2007.

sofocar los anhelos democráticos de la sociedad. Sin embargo, el punto es que hay mucho más. En el fondo hay mucho más.

Lo que nos lleva al tercer aspecto: c.) epistemológica e ideológicamente, el andamiaje conceptual con el que se le enfrentan, viene de la revisión de la historia venezolana llevada adelante por las escuelas de historia y otras instancias universitarias relacionadas (escuelas de educación, postgrados, pedagógicos), desde la segunda mitad del siglo XX. Es una revisión en la que se formaron y a la que a su vez impulsaron. La autonomía universitaria, la libertad de cátedra y el clima general que permitió, al menos en círculos académicos, pensar al país en términos distintos a la épica de la Historia Patria, y a deslindarse de la “filosofía de Estado”, con la que Venezuela ha venido funcionando, al menos, desde la época de Guzmán Blanco.

Determinar que el bolivarianismo fue una solución para integrar y darle ánimos a un colectivo disgregado y muy disconforme con los resultados inmediatos de la Emancipación, fue un logro fundamental, porque permitió una comprensión crítica de lo que tradicionalmente había sido nuestra conciencia histórica, una especie de *metacognición* de la forma en la que nos veíamos y concebíamos (nos vemos y concebimos aún) a nosotros mismos, así como de las trampas y yerros que encierra; y es un aporte que en buena medida viene delineándose desde la década de 1960 por obra de investigadores como Germán Carrera Damas y Luis Castro Leiva. Pero entender que en cierto punto de nuestro desarrollo histórico esa “solución” pasa a ser una amenaza; entender que hay que aparejar la conciencia histórica con la realidad histórica; que una conciencia constelada de héroes guerreros y santos tutelares no dispone a un colectivo a andar con pasos propios, sino a requerir del permanente concurso de unos oficiantes del culto y de unas encarnaciones de aquellas entidades, como se proclamaron a sí mismos los autócratas que gobernaron a Venezuela por más de un siglo, que lo lleven de la mano; es un logro que, además de esclarecedor, ya puede traducirse en algunas claves para discutir el porvenir. Que esto ahora sea tema para lectores no especializados, es un signo de que algo está cambiando en la conciencia histórica de los venezolanos, aunque aún no podamos atisbar sus alcances reales.

No se trata, como muy bien advierte Pino Iturrieta, de renunciar a los héroes, o de que los venezolanos desechemos a los que tenemos, como ningún pueblo lo ha hecho; se trata de atajar esa relación “patológica” que mantenemos con ellos, como una especie de Doña Juana que no puede separarse del

hermoso cadáver de su amado. A su vez, la tesis de la “ideología de reemplazo”, esbozada por Carrera Damas, permite reconfigurar al bolivarianismo, no ya como un sucedáneo del siglo XIX y de viejas necesidades; como un remedio que empeñamos en seguir usando cuando ya no nos hace falta, sino una actitud típica de nuestro actual momento histórico, de confusión ideológica. La necesidad de encontrar una alternativa, una vez derrumbado el campo socialista, llevó a los venezolanos (que a su vez estábamos en nuestro propio derrumbe: el del sistema democrático representativo y civil de 1958 a 1998) como a otros pueblos a buscar en la mitología patria un asidero. Que en el fondo eso lleve una gran carga del antiliberalismo y del espíritu antidemocrático del militarismo y de los viejos marxistas-leninistas, entonces huérfanos, es otra cosa; pero es precisamente la que preocupa. Manuel Caballero, a su vez, ve esa glorificación de la tradición esgrimida en contra de innovaciones liberales y de una democracia burguesa “podrida”, los componentes típicos del ur-fascismo. Subraya, al respecto, la forma en que ya el bolivarianismo fue usado por los fascistas puros y duros de la década de 1930.

Pueden haber, naturalmente, razones para dudar del desinterés y el carácter netamente científico de esta “rebelión”, como de hecho se han oído acusaciones. Salvo Pino Iturrieta, los otros tres autores estudiados están alrededor –dos por abajo, uno por arriba– de los ochenta años. Fueron en todos los casos hombres con una destacadísima figuración en el régimen democrático anterior, el desplazado por la *revolución* de Chávez. Y parecen muy impactados, pero muy conmovidos, por el *proceso bolivariano*. Es decir, la tentación de acusarlos de simples reaccionarios; de estar ejecutando el acto reflejo de quienes son sacados de la elite conductora del país, no está fuera del abanico de las conclusiones posibles. La forma en la que le otorgan poca o ninguna oportunidad a los argumentos de los afectos al *proceso* –aunque hay que admitir que Pino y Carrera Damas se dieron a la tarea de leer sus principales textos y de citarlos– pudiera ser abonado a esta tentación. No obstante, la argumentación que elaboran sobre una base documental amplia, junto al hecho de que por lo menos tengan treinta años bregando en el tema, y de que muchas de las acusaciones que formulan ya se habían configurado mucho antes de la llegada de Chávez a la escena política, permite ver las cosas de otra manera: el Comandante viene a confirmar para ellos unas hipótesis sobre el bolivarianismo y no al revés; éstas no nacen de él. A lo sumo su revolución las hizo de más urgente divulgación y de verdadero interés por un público que hasta el momento no había reparado en las mismas. Sí se extraña, hay que

admitirlo, que el debate político en algunas ocasiones los hayan sacado de una medida académica en las expresiones que más que quitarle, le hubiera dado más respaldo a sus tesis.

En fin, el objetivo de estos textos, de toda esta “rebelión”, es tan historiográfico como político. La revisión de los textos, en términos teóricos, nos da pistas para identificar la estrecha relación entre historiografía y política; entre conciencia histórica e ideología. ¿Hartos de Bolívar? Más o menos. Hartos, en realidad, de las amenazas a la libertad que el Culto al Libertador que a su juicio puede suscitar. Cerremos con la frase de Guillermo Morón que resume lo que de diversas formas todos estos historiadores parecen buscar como el resultado final de sus prédicas: *una República cuyo fundamento es el pueblo con memoria y sin mito*: Una república en la que el pueblo se dirija solo, como un adulto, como un colectivo libre, como lo requiere la democracia. Sí, ¡qué forma tan *monda y lironda* de explicar los objetivos de esta “rebelión”!

e. Fuentes

ALBORNOZ, José Hernán: *El Instituto Pedagógico: un visión retrospectiva*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1986.

AAVV: *60 aniversario del Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico de Caracas*, Caracas, UPEL, 2007.

BRACHO, Jorge: *El discurso de la inconformidad. Expectativas y experiencias en la modernidad hispanoamericana*, Caracas, Fundación CELARG, 1997.

CABALLERO, Manuel: *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*, 2da. edición, Caracas, Alfadil, 2006.

CARRERA DAMAS, Germán: *El bolivarianismo-militarismo. Una ideología de reemplazo*, Caracas, Ala de Cuervo, 2005.

—————: *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, 5ta. edición, Caracas, Alfadil Ediciones, 2003.

CARRERA DAMAS, Germán: "La larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia: doscientos años de esfuerzo y un balance alentador", en: *Búsqueda: nuevas rutas para la historia de Venezuela (ponencias y conferencias)*, Caracas, Contraloría General de la República, 2000, pp. 33-119.

_____, Germán: "Para una caracterización general de la historiografía venezolana actual" en *Historia de la historiografía venezolana (textos para su estudio)*, 2da. reimpresión de la segunda edición, Caracas, 1996, Tomo I, pp. 9-18.

_____: *Una nación llamada Venezuela*, 4ta. edición, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991.

_____: *Venezuela, proyecto nacional y poder social*, 2da. edición, Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, 2006.

CASTRO LEIVA, Luis: *De la patria bobá a la teología bolivariana*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1984.

_____: *Sed buenos ciudadanos*, Caracas, IUSI/Alfadil, 1999.

CONTRERAS, Juan Carlos: "Germán Carrera Damas: su labor historiográfica", en AAVV, *Ensayos de crítica historiográfica*, Mérida (Venezuela), Grupo de Investigaciones sobre Historiografía de Venezuela/ULA, 2007, pp. 78-86.

_____: "La caracterización de la historiografía venezolana según Carrera Damas", *Dialógica*, Vol. 3, N° 3, Maracay, UPEL, 2006, pp. 113-164.

GONZÁLEZ DELUCA, María Elena: *Historia e historiadores de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2007.

GONZÁLEZ LORENZO, Miguel Ángel: "Aproximación a un inventario comentado de la bibliografía de Germán Carrera Damas", *Historiográfica, revista de estudios venezolanos y latinoamericanos*, N° 1, Mérida (Venezuela), ULA, 1999, pp. 105-163.

LEMMO, Angelina: *De cómo se desmorona la historia*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1973.

- MEZA, Robizon, y Yuleida Artigas Dugarte: *Los estudios históricos en la Universidad de Los Andes (1832-1955)*, Grupo de Investigación sobre Historiografía de Venezuela/Cuadernos de Historiografía No.1, Mérida (Venezuela), 1998.
- MORÓN, Guillermo: *Memorial de agravios*, Caracas, Alfadil Editores, 2005.
- PÁEZ, Gladys: "Institutos y centros de investigación histórica en Venezuela", *Tiempo y Espacio*, Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, Vol. XII, Nos. 23/24, pp. 101-114.
- PEÑA ROJAS, Vanesa: *Manuel Caballero, militante de la disidencia*, Caracas, Los Libros de El Nacional, 2007.
- PINO ITURRIETA, Elías: *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata, 2003.
- QUINTERO, Inés: "La historiografía" en: E. Pino Iturrieta, *La cultura en Venezuela. Historia mínima*, Caracas, Fundación de los trabajadores de Lagoven, 1996.
- y Vladimir Acosta: *El Bolívar de Marx*, 2da. edición, Caracas, Editorial Alfadil, 2007.
- ROJAS, Reynaldo: *Federico Brito Figueroa, maestro historiador*, Barquisimeto, Fundación Buría/Centro de Investigaciones Históricas y Sociales "Federico Brito Figueroa" UPEL-IPB, 2007.
- STRAKA, Tomás: "Federico Brito Figueroa: política y pensamiento historiográfico en Venezuela (1936-2000)", *Tiempo y Espacio*, Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, Vol. XVIII/No. 36, 2001, pp. 21-50.
- : "Geohistoria y microhistoria en Venezuela. Reflexiones en homenaje de Luis González y González", *Tiempo y Espacio*, Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, Vol. XXIII, No. 46, 2006, pp. 205-234.
- : "Setenta años del pedagógico de Caracas: notas para una historia de la cultura venezolana", *Tierra Firme*, N° 95, julio-septiembre 2006, pp. 335-351.